

MARÍA URZÚA

N A C I O U N A N I Ñ A

Hoy la casa está pura porque nació una niña.
Se turban las maderas con la nueva presencia
y alas de filigrana abren vuelos azules
en el fluir de alba resina de azucenas.
No puede ser verdad que es veintitrés de octubre.
Hoy es el primer día de un mundo que comienza
en el deslumbramiento de la primera luz,
y planea en las frentes un concierto de gracias,
y un rumor de palomas blancas tiembla en el pecho de la
[madre.

Nadie sabía, nadie, que con sus pies desnudos
y las frágiles manos tan vacías,
que sólo con su aliento de leche pura,
y un corazón apenas entreabierto a la vida,
realizaría sola, sin defensa ni protección,
el más desconocido de todos los milagros:
trasplantar a la casa blancas flores del cielo.

A R B O L D E A M E R I C A

Tus arcadas cobijan las alas que han venido
de los cuatro horizontes de la tierra,
y en grave mecedura
ofreces el corazón al universo.

Tus raíces llegaron desde lejos.
También las de los hombres,
prendidas a la roca y en la tierra.
Pero tú llevas savia que te encamina al cielo.

La sangre humana pesa de recuerdos
y se quema en la densa madeja de sus fibras.

Rey inmóvil y grande,
redime nuestra tierra de hiel y de rencores.
Tú, que miras al cielo, levanta nuestras frentes
más allá del espacio. Funde en las notas claras
que modulan tus hojas, azules de alegría,
las voces apagadas de nuestros pensamientos.

Mezclemos nuestros sueños,
ya que una sola angustia nos enlaza a la tierra,
y hay savia en nuestra sangre
y el hielo del invierno nos muerde las arterias.

Crecemos bajo un cielo.
La brisa que atraviesa nuestros cuerpos
nos arranca la misma melodía.
Y el alba agita al viento
las canciones de América.
Y la paz sea dada por la gloria de un árbol
que reúne las almas a la luz de su sombra.